CONCLUSION.

Pude, oh grande Jehová, ya al perseguido
Puerto arribar, y pues, con larga mano
Tú pagas el más vil obsequio humano;
Hora un premio te ruego desmedido
Por esta vil faena en que he emprendido
Para exaltar tu nombre soberano:
Que cuando ya este cuerpo, cruel, tirano,
Y esta prisión derruir te hayas servido;
Aquellas de Javier frases ardientes
Que en hispano lenguaje profería
En mis primeros años inocentes;
Sean un himno de amor en mi agonía,
Sean mis suspiros últimos, fervientes,
Sea el aliento postrer del alma mía.

No me mueve mi Dios para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en esa Cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
Muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera;
Que aunque no hubiera cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera Infierno te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera:
Porque aunque lo que espero, no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

FIN DE LA OBRA.